

# Alfred Delp, S. J.: justicia, fidelidad y martirio\*

---

**Jon Sobrino**  
**Centro Monseñor Romero**  
**San Salvador, El Salvador**

## **1. Una petición nada fácil que he aceptado con gusto**

El 2 de febrero de 2020 se han cumplido 75 años de la ejecución del padre Alfred Delp, S. J., en la prisión de Tegel, Berlín, a manos de los nazis. Peter Kern, presidente de la Comunidad Alfred Delp, y su esposa Claudia, publicarán un libro con aportes de varios autores para recordar al padre Delp y para mantener vivo el legado que nos dejó.

No me ha sido fácil aceptar su petición, pues mis conocimientos del padre Delp han sido mínimos. Sin embargo, he aceptado con gusto, pues los mártires, especialmente si han sido matados en una época cercana, son quienes mejor mantienen en pie nuestro recuerdo de Jesús de Nazaret y quienes mejor nos mantienen firmes en su seguimiento. En El Salvador, los mártires siguen siendo quienes mantienen la esperanza, sea esta grande o pequeña. Y en mi opinión, pueden ser fermento de humanización en nuestro mundo actual, deshumanizado de mil maneras.

Antes de empezar, quiero aclarar un par de cosas. En este texto, expreso ante todo el impacto que me ha producido el padre Delp. Ya desde mis primeros años de jesuita, oí hablar de un jesuita alemán que hizo sus últimos votos en la cárcel con las manos esposadas. Ese hecho ha permanecido en mi memoria. Hoy, a mis 81 años y con mayor conocimiento del padre Delp, me afecta de forma muy especial.

Otra cosa que quiero mencionar es que en este artículo, no he podido evitar algunas repeticiones de lo que ya he escrito sobre los mártires y el martirio.

---

\* Este texto aparecerá en Peter Kern (ed.), *Alfred Delp. Ein zeugnis, das bleibt* (Berlín, Münster, Viena, Zúrich, Londres: Lit Verlag).

Empecé a escribir con cierta novedad, tras el asesinato de Rutilio Grande en 1977. Y más a fondo, tras el asesinato de Mons. Romero en 1980. Por cierto, en vida, el mismo Monseñor me dijo: “Padre, en las homilias yo hablo de nuestros mártires y lo hago pastoralmente. Le pido a usted que escriba teológicamente”. Años más tarde, desde 1989, el asesinato de mis seis hermanos jesuitas, Ignacio Ellacuría, Ignacio Martín-Baró, Segundo Montes, Amando López, Juan Ramón Moreno y Joaquín López y López, y de Julia Elba, mujer sencilla, que trabajaba con los jesuitas, y su hija Celina, no me ha dejado en paz. Hay, pues, repeticiones. Pero hay también alguna novedad precisamente por el mayor conocimiento que ahora tengo del padre Delp y de las circunstancias de su martirio.

## 2. Vida, compromiso y ejecución de Alfred Delp

Para escribir sobre Alfred Delp, me baso en el artículo que, a petición mía, escribió Martin Maier, “Alfred Delp, S. J., mártir de una humanidad más justa”, que fue publicado por esta revista en 2009 (núm. 77, pp. 101-120). Solo agregaré alguna reflexión.

Alfred Delp nació en 1907. Fue un joven inteligente. En 1926, terminó la secundaria como el mejor alumno del curso. Y poco después, para sorpresa de amigos y familiares, ingresó al noviciado de los jesuitas. Allí se encontró con Karl Rahner. Era un poco mayor que él y le daba clases de latín. Y se hicieron amigos. Durante la guerra, Rahner vivió en Viena, pero poco antes de que el padre Delp fuese detenido, lo visitó en Múnich. Tras su ejecución, se publicaron las obras completas de Delp, y dada la relación existente, Rahner escribió la introducción al primer volumen. En esa introducción, expresó:

Estos textos son más que papel impreso, dan testimonio de lo que motivó la vida y la muerte de Delp [...] Están escritos por un hombre que selló lo que dice en estos textos con encarcelamiento durante 6 meses y muerte en una horca, lo cual probablemente hubiera podido evitar.

Después del noviciado, Delp estudió filosofía en Pullach, donde arremetió con seriedad el estudio de Martin Heidegger. Entre 1931 y 1934, trabajó con jóvenes en dos colegios de los jesuitas. Entre 1934 y 1936, estudió teología en Sankt Georgen (Frankfurt) y también en Valkenburg (Países Bajos), donde coincidió con el padre Arrupe. Años más tarde, siendo general de los jesuitas, este habló sobre el padre Delp en una entrevista y lo reconoció explícitamente como mártir.

Alfred Delp fue ordenado sacerdote en 1937 y al año siguiente, pasó a ser miembro de la redacción de la revista *Stimmen der Zeit*. En 1939, quiso matricularse en la Universidad de Múnich para estudiar sociología, pero fue rechazado por ser jesuita. Es bien conocido que los nazis quisieron exterminar a los judíos, pero también consideraron enemigos repudiables a comunistas y jesuitas. De hecho, el 14 de abril de 1941, la Gestapo confiscó la residencia de *Stimmen der*

*Zeit*, donde vivía el padre Delp. A los jesuitas les dieron dos horas para empacar y abandonar la residencia.

A mediados de 1942, el provincial pidió al padre Delp cooperar con un grupo que buscaba, si no el derrocamiento violento del régimen nazi, sí planificar, cuando terminase la guerra, la reorganización del Estado y la economía, a partir de los valores cristianos. A ese grupo se le llamó Círculo de Kreisau. Los aportes del padre Delp se basaron en la encíclica de Pío XI *Quadragesimo anno*, de 1931, lo cual fue considerado como crimen de alta traición por el presidente del tribunal popular.

El padre Delp puso su capacidad intelectual al servicio de la construcción de una sociedad más justa. Asimismo, se dedicó con todas sus fuerzas a aliviar los terribles sufrimientos ocasionados por la guerra. Después de los bombardeos, rescató a víctimas enterradas entre los escombros. Ayudó a huir a los judíos. Y cuando los nazis retiraban las cruces de las escuelas, se aseguraba de que nuevas cruces fueran colocadas, aun sabiendo que volverían a ser retiradas. Él veía este gesto como un signo para todos, amigos y enemigos.

Al arriesgar mucho, ocurrió lo que tenía que ocurrir. En la mañana del 28 de julio de 1944, fue detenido por dos oficiales de la Gestapo, que lo trasladaron a Berlín. Pasó siete meses en cautiverio. Este hecho, del cual he tomado conciencia ahora, me ha llevado a insistir en la importancia del modo, del tiempo y del lugar como ocurren los martirios.

Veamos la vida del padre Delp en la prisión. Durante los interrogatorios de la Gestapo de la calle Lehrter, fue sometido a graves torturas. En general, fue tratado muy duramente. Si bien no es cierto, fue considerado como uno de los implicados en el fallido intento de asesinar a Hitler, el 20 de julio. Día y noche, tenía que llevar esposas. Así, pues, la mayoría de sus apuntes los escribió con las manos esposadas. En el juicio, sin embargo, desaparecieron los cargos por haber participado en el atentado contra Hitler. Es impresionante y conmovedor constatar en sus cartas y apuntes escritos en la prisión cómo, a través de un proceso de maduración dolorosa, Dios lo llevaba a la entrega activa de su vida.

El 8 de diciembre de 1944, fue un día crucial. En prisión, su hermano jesuita el padre Franz von Tattenbach le entregó la fórmula de los últimos votos y él la firmó libremente. Selló su vinculación con la Compañía de Jesús para siempre. En navidad escribió: “la libertad es el respirar de la vida”. Después de una larga espera, el 9 de enero de 1945, comenzó el juicio de los miembros del Círculo de Kreisau. El modo de actuar del presidente del tribunal fue humillante. Uno de los testigos recuerda que “ante los desenfundados insultos y afrentas, Delp mantuvo un dominio casi sobrehumano sobre sí mismo, el cual impresionó a todos los presentes”.

Después de su condena, Delp vivió un angustioso período de espera. El 23 de enero, tuvo que presenciar cómo sus amigos fueron sacados de la prisión para ser ejecutados. El 31 de enero, él también fue trasladado a la prisión de Berlín-Plötzensee, donde tenían lugar las ejecuciones. El 2 de febrero de 1945, poco antes de las tres de la tarde, Alfred Delp fue sacado de su celda con sus manos atadas a la espalda. Lo hicieron caminar un breve trecho hasta el lugar de la ejecución. Peter Buchholz, el sacerdote de la prisión, quedó profundamente impresionado por la postura con que el padre Delp fue a la horca. Sus últimas palabras fueron: “Oh, señor párroco. En media hora, sabré más que usted”.

Debajo del techo, había un raíl de hierro con ganchos. El fiscal dio lectura a la sentencia de muerte y concluyó: “Acusado, usted ha sido condenado a muerte en la horca por el tribunal popular. Verdugo, cumpla con lo que se le ha ordenado”. Tras unos segundos, llegó la respuesta: “la sentencia se ha cumplido”. Un preso fue encargado de limpiar la celda de Alfred Delp. Sobre la pequeña mesa, encontró unos anteojos rotos, un rosario y *La imitación de Cristo*.

Permítaseme un añadido. Yo hice los últimos votos en la Compañía de Jesús en 1977, con libertad y normalidad. Sin embargo, la firma del padre Delp no fue normal, ni sus consecuencias obvias, ya que la Gestapo le ofreció dejarlo en libertad si abandonaba la Compañía de Jesús. En sus últimos votos, estaba en juego no solo su fidelidad y su amor a esta, sino su vida real. Y escribió: “La vida ha adquirido así y ahora su forma definitiva. El destino externo ya solo es oportunidad para la confirmación y la lealtad”.

### 3. Importancia y dificultad de mantener vivos a los mártires

En adelante, voy a hacer algunas reflexiones importantes sobre los mártires. Comienzo con lo que para mí es fundamental. Mons. Romero sabía que lo iban a matar, pero añadió: “*si me matan, resucitaré en el pueblo*”. No hay aquí vanidad alguna. Sí hay convicción personal, no porque Monseñor pensara que no moriría del todo, sino porque “*la palabra queda*”. Eso lo llenaba de paz y satisfacción. Don Pedro Casaldáliga, con su vigor habitual, escribió: “*¡Ay de los pueblos que olvidan a sus mártires!*”. Con estas palabras de Monseñor y de don Pedro, quiero insistir en la invitación y en la obligación profunda de mantener vivos a los mártires. Pero no es fácil. No lo es para los victimarios, evidentemente, pero tampoco tiene por qué serlo para los demás. Para mostrar la dificultad, y para ayudar a superarla, cuando ocurre, quiero recordar mi estancia en Sankt Georgen.

Entré a la Compañía de Jesús en 1956, y ya he dicho que muy pronto, probablemente en el noviciado o el juniorado, oí hablar de un jesuita alemán que había firmado en prisión la fórmula de los últimos votos en la Compañía de Jesús. Quienes nos lo contaban insistían en que firmó la fórmula con las manos esposadas, pero no sé si mencionaban que estaba en una prisión nazi. Y nada

nos decían de por qué acabó en ella. El hecho me causó un fuerte impacto, y un impacto duradero. Sin conocer su nombre, el padre Delp había sido un ejemplo eximio de jesuita.

Ese recuerdo no cambió durante mis siete años en Alemania, de 1966 a 1973. En Sankt Georgen, estudié los cuatro años normales de teología, más otros tres para conseguir el doctorado. Y ahora debo hacer una digresión sobre aquellos años de estudio para esclarecer mi conocimiento y desconocimiento del padre Delp.

Me voy a referir a las limitaciones que, años después, ya de regreso en El Salvador, detecté, al pensar en los años de Sankt Georgen. Lo hago sin ningún masoquismo y, espero, sin ser injusto con nadie. He escrito de esto más largamente en un libro reciente: *Conversaciones con Jon Sobrino* (Madrid, 2018).

Visto desde hoy, la limitación más importante que encontré en Sankt Georgen no consistió en *lo que nos dijeron*, tal como ocurría en aquella época en otros teologados, donde se enseñaba teología tradicional, preconiliar. La limitación consistía en *lo que no nos dijeron* sobre las novedades de importancia histórica, eclesial y teológica, que salieron a relucir en aquellos años. Quiero dejar claro mi agradecimiento por *lo que nos dijeron* y por haber convivido con algunos profesores ilustrados y personas muy buenas. Pero también es verdad que tuve que regresar a El Salvador, al tercer mundo, para enterarme de novedades importantes de *las que prácticamente no nos hablaban o nos hablaron muy poco*.

En 1968, en Europa ocurrieron revueltas sociales, de las cuales algo llegó a Sankt Georgen. Pero más o menos por las mismas fechas, también en América Latina hubo *novedades* sociales y novedades hondamente cristianas. No creo que nos hablaran mucho de la teología de Gustavo Gutiérrez, ni de las comunidades eclesiales de base, de las cuales Ellacuría decía que lo más importante es que *eran de base*, es decir, *de gente del pueblo pobre*. Algo nos dijeron de Medellín, que también tuvo lugar en 1968. Sí me enteré que en Alemania habían surgido comunidades pequeñas, alabadas por los progresistas, porque garantizaban mayor libertad, creatividad y cercanía entre sus miembros. Eran comunidades de clase media. Tampoco tuve noticia del “pacto de las catacumbas”, íntimamente relacionado con lo que ocurrió, y sobre todo con *lo que no ocurrió*, en el aula conciliar del Vaticano II.

De estas lagunas fui tomando conciencia años más tarde. Pero a mi regreso a El Salvador, en 1974, me vino a la mente otra cosa, que me desasosegó hondamente. En el país comenzaba un reguero de asesinatos, entre ellos centenares de laicos cristianos —y no cristianos. Y por primera vez en la historia salvadoreña, aunque en 1970 fue asesinado un sacerdote, también ocurrieron asesinatos de sacerdotes y religiosas, abundantes, injustos, indignantes. Escribí entonces que se estaban rompiendo no ya *las reglas del bien*, sino *las reglas del mal*. Estos asesinatos, en especial los de nuestros compañeros jesuitas, nos impactaron

hondamente, y ante ello reaccionamos lo mejor que pudimos y con lo mejor que teníamos. Entonces, me vino el desasosiego mencionado. En los siete años de Sankt Georgen, no nos habían hablado, o no habían insistido, en los mártires actuales, ni en los mártires cercanos. Y que yo recuerde, no hicieron del padre Delp un tema importante para la teología. En cualquier caso, no recuerdo haber escuchado cosas fundamentales de él.

En El Salvador, conocí a Martin Maier, joven jesuita alemán, que vino a estudiar la teología que hacíamos nosotros. Y por coincidencia, al poco de llegar Martin, ocurrió el asesinato de los jesuitas y las trabajadoras de la UCA. Con el tiempo, nos hicimos muy amigos. Hablé mucho con él de los mártires jesuitas de nuestro tiempo, en El Salvador y en Alemania. Martin me contó historias martiriales de jesuitas de Alemania y de muchísimos otros, unos 200, asesinados en Polonia. Para ambos, ha sido y sigue siendo muy importante tener presente a los mártires, a los de aquí, a los de allí y a todos a quienes les han arrebatado su vida por luchar por la justicia. Años más tarde, estando de visita en Múnich, le pregunté si podía llevarme a conocer algún campo de concentración. Me llevó a Dachau. Lo que más me impresionó fue el silencio absoluto de todas las personas que entraban al campo.

Una segunda limitación de Sankt Georgen, relacionada con la anterior, tiene que ver con Dietrich Bonhoeffer. En cursos y seminarios, Bonhoeffer salía a colación con frecuencia. Los profesores hablaban de él, en el contexto de *la secularización*, como realidad cultural y social, y de sus raíces, reales o posibles, en la tradición bíblica y cristiana. En este contexto, era normal que las palabras de Bonhoeffer que más oí citar en clase fueran que hay que vivir *etsi Deus non daretur, aunque no hubiera Dios*, lo que los profesores trataban de explicar con mayor o menor fortuna.

Pero que yo recuerde, en público —quizás sí lo hacían en los seminarios especializados—, no nos hablaron de lo que a mí más me impresionó de Bonhoeffer. Entre sus escritos, el poema sobre los hombres que van a Dios y lo encuentran clavado en una cruz. “Los cristianos permanecen con Dios en la pasión”, concluía. Enseñando cristología en El Salvador, recuerdo que en clase se hacía un gran silencio al escuchar estas palabras y las de Moltmann sobre *El Dios crucificado*.

Y lo más sorprendente es que en Sankt Georgen, no oí hablar del Bonhoeffer que había pertenecido a un grupo que quería eliminar a Hitler. Los nazis lo descubrieron, lo apresaron y lo ejecutaron. Para ser sincero, no sé si en Sankt Georgen se hablaba mucho o poco de esas cosas. Al menos, no me enteré. Y cuando después me enteré, mi extrañeza fue grande.

Leyendo a Martin Maier, he sabido que Bonhoeffer coincidió con el padre Delp en la prisión de Tegel, aunque se desconoce si entraron en contacto. Sí

me impactó que desde el 8 de julio de 1998, la estatua de Dietrich Bonhoeffer está, junto con la de Mons. Romero, en el centro de la fachada de la abadía de Westminster, en Londres, como uno de los diez mártires de las iglesias cristianas en el siglo XX.

Para no ser injusto con Sankt Georgen, debo decir que otros compañeros jesuitas tuvieron, o pudieron tener, una impresión distinta sobre el silencio de los mártires actuales. Y también debo reconocer que mi interés teológico y teologal en aquellos años se concentraba en *el asunto de Dios, si existe o no existe*, un problema personal que comenzó en 1960 con el estudio de la filosofía, en Saint Louis (Estados Unidos). Las víctimas y los mártires no me interesaban mucho. En cualquier caso, es comprensible que los jesuitas ya mayores de Sankt Georgen, que habían vivido la guerra, algunos las dos guerras, no quisieran abrir heridas muy dolorosas con esos recuerdos. Así concluí que no es fácil mantener vivos a los mártires, pero que sí es vital.

#### 4. La variedad de martirios

Más novedosamente de lo que he hecho en otras ocasiones, voy a analizar ahora la *variedad de martirios* y la *importancia de tener en cuenta lo concreto de cada uno de ellos*.

Nada impide que sea posible y bueno buscar *algo esencial en todo martirio*, pero pienso que hay que hacerlo con cuidado. En mi opinión, desde *un punto de vista histórico*, lo común a todo martirio es que los mártires no simplemente mueren, sino que *son matados*, y en el mundo actual, son matados *por estar con seres humanos oprimidos y por salir en su defensa*. Y desde *un punto de vista cristiano*, lo común es que los mártires nos remiten a Jesús de Nazaret. Son los que se parecen en vida y en muerte a Jesús de Nazaret, aquellos a quienes suelo llamar *mártires jesuánicos*. Y son también los que como pueblo viven en penuria y opresión, y los que, con toda la analogía del caso, *viven crucificadosamente*. Siguiendo a Ellacuría, los llamamos *pueblo crucificado*.

Y si en estas cuasi-definiciones alguien echa en falta a Dios, recordemos lo que dice Puebla sobre la opción que Dios hace por los pobres y oprimidos. “Los pobres merecen una atención especial, cualquiera que sea la situación moral o personal en que se encuentren. Hechos a imagen y semejanza de Dios para ser sus hijos, esta imagen está ensombrecida y aun escarnecida. *Por eso, Dios los defiende y los ama*”. Ser matados por defender al oprimido, nos hace semejantes, de algún modo y en cuanto es posible, a Dios, y más en concreto, a su hijo Jesús. Vivir reprimidos y oprimidos hace a los pobres referentes de la defensa y de la ayuda de Dios. Según esto, en nuestros días y para los creyentes, no se puede concebir el martirio sin tener presente *la realidad de Dios*.

El importante asunto de la diversidad del martirio ya se planteó hace años, según *las razones* que movían a los victimarios a matar cristianos: había

martirio cuando la muerte era causada *in odium fidei*, tal como lo ha formulado tradicionalmente la Iglesia jerárquica, y cuando era causada *in odium iustitiae*, tal como se empezó a formular hace unos años. En un breve artículo de 1983, Karl Rahner zanjó la cuestión: “¿Por qué no habría de ser mártir un Monseñor Romero, por ejemplo, caído en la lucha por la justicia en la sociedad, en una lucha que libró desde sus más profundas convicciones cristianas?”. En América Latina, la cuestión de ser mártir, y de ser santo, se zanjó sin discurrir mucho. La tarde que mataron a Mons. Romero, una mujer campesina, llorando, decía: “Han matado al santo”. Y pocos días después, Pedro Casaldáliga escribía: “San Romero de América, pastor y mártir nuestro”.

De todas formas, pienso que todavía en muchos lugares la noción de martirio está relacionada intrínsecamente con algo religioso. Si se me permite un recuerdo personal, cuando asesinaron a los mártires de la UCA, yo estaba en Tailandia. Un joven convertido al cristianismo me preguntó con incredulidad: “en su país, ¿hay bautizados que asesinan sacerdotes?”. No se le ocurrió que los victimarios no habían actuado, equivocadamente o no, por razones religiosas, ni que los mártires no entregaran la vida por razones religiosas.

Entre nosotros, no hay problema alguno en el análisis de las razones del martirio. Pero cada vez me ha ido impactando más la diversidad de *cómo los mártires han sido matados*. Pedro fue matado en el horroroso y prolongado suplicio de una cruz, el cual llegó a los romanos de los persas. Este suplicio estaba reservado para castigar crímenes muy graves cometidos por los no romanos, como promover motines contra el Estado y liberar esclavos. La cruz era, en particular, un suplicio muy cruel, que pretendía impedir tales crímenes. Pablo fue decapitado, supongo que con rapidez, quizás con angustia, pero con dignidad y convicción acumulada de llegar a convivir con Cristo. Sócrates, según cuenta Platón, murió con tranquilidad tomando la cicuta. Y si no recuerdo mal, Ernst Bloch hablaba del *mártir rojo*.

También me impacta la diversidad en *el espacio y el lugar*. Mis hermanos jesuitas fueron asesinados en un pequeño campo con césped, en el recinto de una universidad. Otros, el padre Delp, en una cámara para ejecuciones, al final de un corredor de la muerte, donde tuvo que esperar un tiempo. Me impacta la diversidad en *la época, la crueldad y el heroísmo específicos*. Por una parte, ideologías dominantes represivas, nazismo, seguridad nacional... Por otra parte, movimientos de resistencia, iglesias, universidades, comunidades...

En El Salvador, me ha impactado mucho la diversidad de situaciones. *En el río Sumpul*, que fluye entre El Salvador y Honduras, los salvadoreños que intentaron huir del ejército se tiraron al río. Unos se ahogaron, pues no sabían nadar. Otros fueron asesinados por los soldados hondureños, que los esperaban en la otra orilla. *En El Mozote*, los soldados del batallón Atlacatl, entrenado en Estados Unidos, dividieron a cerca de mil campesinos en tres grupos y a cada



uno lo instalaron en un edificio distinto. Los varones, en el templo. Los niños, en una casa grande. Las mujeres, en otra casa contigua. Las mujeres separadas de sus hijos pequeños pudieron escuchar sus gritos cuando morían. Así se lo oí contar a Rufina Amaya. Cuando llegaron los soldados, se escondió bajo las ramas de un árbol. Allí pasó horas, hasta que los soldados abandonaron el lugar.

Independientemente de las coincidencias de todos los martirios y de la definición de la jerarquía, *la realidad concreta padecida* por los mártires no se debe desvirtuar, rebajar o eliminar. Cada martirio es irrepetible. Por eso, insisto en la diversidad.

Mucho de la diversidad de circunstancias en las cuales muchos hombres y muchas mujeres, ancianos, jóvenes y niños han sido matados ya lo conocía, pero a cierta distancia. He de confesar que lo que me ha movido a tomar más en serio la diversidad del martirio ha sido conocer, en estos días, las circunstancias del proceso y del martirio del padre Delp. Gracias a ello he comprendido mejor lo que se preguntaba con insistencia el recientemente fallecido Johann Baptist Metz: “cómo hacer teología después de Auschwitz”.

Martin Maier describe al padre Delp en los siguientes términos:

El hombre de la soledad creciente: disolución del orden, de la sociedad, de las relaciones auténticas. El hombre de la impotencia creciente: política, económica, histórica y moral. El hombre de la enajenación creciente: huida de las sensaciones, del entretenimiento, etc. El hombre de la masificación creciente: pérdida del propio rostro, surgimiento del tipo. El hombre de la incapacidad creciente del perdón: crueldad sin compasión. El hombre de la modernidad, para Delp, ha desembocado en una condición en la que es incapaz de Dios.

Termino con unas breves reflexiones, que van más allá del mártir Delp.

Seis sacerdotes fueron asesinados cuando Mons. Romero fue arzobispo de San Salvador. En el funeral de uno de ellos, se preguntó por qué ocurren estos asesinatos. Y sin más, dijo: “Se mata al que estorba”. Y en aquellos años de finales de la década 1970, los cristianos no estorbaban por formular su fe conceptualmente. Estorbaban por ponerla en práctica. Justamente como el padre Alfred Delp.

Desde hace varios años, me ha impactado mucho un pasaje de Génesis 6. Me parece que nunca lo he escuchado en liturgia alguna. Pero es muy importante tenerlo en cuenta. En resumen, viene a decir que los seres humanos, varones sobre todo, en los albores de nuestra historia, hicieron abominaciones. Y el escritor bíblico dice: “Al ver el Señor que en la tierra crecía la maldad del hombre y toda su actitud era siempre perversa, se arrepintió de haber creado al hombre en la tierra, y le pesó de corazón”. Y dijo el Señor: “borraré de la superficie de la tierra al hombre que he creado”. Sin embargo, se fijó en Noé, hombre justo y correcto. Y aunque envió un diluvio, ofreció la salvación a Noé,

su familia y sus descendientes. Dicho en palabras sencillas, Dios se arrepintió de haberse arrepentido. El Antiguo Testamento prosigue contando cómo Dios empuja la historia hacia adelante, mezclada siempre con abominaciones. Poco a poco, fue apareciendo la idea de que los justos que sufren traen salvación.

No sé si Dios se arrepintió de haber creado la tierra, al ver los horrores de los campos de concentración, de los bombardeos de las ciudades, de la explosión de la bomba atómica... Pero mujeres y hombres como Anne Frank y Alfred Delp mueven a Dios a cambiar su horror y a buscar la salvación. Y como ellos, muchos otros, con su sufrimiento, traen salvación.

Ignacio Ellacuría dijo, en Barcelona, el 6 de noviembre de 1989: “Nuestra sociedad está gravemente enferma y hay que revertirla con todos los pobres y oprimidos”. El 13 de ese mes, llegó a San Salvador y el 16 fue matado. Ellacuría veía el mundo como Dios en Génesis 6 y como muchos en la Segunda Guerra Mundial. Sus palabras fueron más suaves, pero muy fuertes: “nuestra sociedad está gravemente enferma”. Y como ya vivía del Nuevo Testamento, no reclama a Dios que se le ocurra aniquilar la tierra. Sí nos reclama a todos que hay que salvarla para evitar “un destino fátidico y fatal”, para lo cual “hay que revertir la historia”. A Alfred Delp estas palabras le hubiesen sonado muy bien.

Ya he comentado la oscuridad en que viví durante diez años con respecto a Dios. Con esa oscuridad regresé a El Salvador en 1974. Una vez allí, tuve la experiencia de una *primera irrupción*: irrumpieron los pobres reales, que no había conocido en 1957-1958. Son los que no dan por supuesta la vida, ni la salud, ni la educación, ni el descanso, ni las vacaciones.

Y poco después, tuve la experiencia de una *segunda irrupción*: irrumpieron los mártires, hombres y mujeres, muchísimos de ellos cristianos, que salieron en defensa de los pobres y oprimidos. Y fueron matados. Y junto con ellos, irrumpió el pueblo crucificado.

Y en medio de esas irrupciones, *asomó* Dios. No digo que irrumpiera con claridad meridiana y avasalladora, tal como lo hicieron los oprimidos, pero sí se dejó ver como misterioso misterio.

Ellacuría, por su parte, en su último artículo teológico, “Utopía y profetismo desde América Latina”, muestra la convicción de los hombres nuevos, “que siguen anunciando firmemente, aunque siempre a oscuras, un futuro siempre mayor, porque más allá de los sucesivos futuros históricos, se avizora el Dios salvador, el Dios liberador”.

Por mi parte, en estos largos años en El Salvador, y conociendo de oídas a cristianos como Alfred Delp, procuro caminar con todos los hombres y mujeres, en cuyos rostros se ha asomado Dios.

San Salvador, 28 de febrero de 2020.